

VIDA ESTAMOS EN PAZ

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1986

PERSONAJES:

AMELIA....70 AÑOS.

LUISA.....71 AÑOS.

ADELITA...76 AÑOS.

NICANOR...70 AÑOS.

ESCENOGRAFÍA.

Sala de una casa de clase media conservadora. Su decoración recuerda por sus detalles a una sala antigua, de principios de siglo, de familia acomodada: algún mueble, algún gramófono, cortinas al estilo de la época, los candiles, un reloj antiguo, una estatua. También existen algunos muebles más modernos, y para terminar de situarnos en la época existirá un aparato moderno de televisión y un teléfono digital. Todos los muebles y adornos son de buen gusto, el conjunto de todos ellos es agradable y acogedor. Los muebles no deberán ser muy pesados ya que los actores deberán moverlos durante la obra. La sala tiene amplios ventanales que dan a un jardín interior. Estos ventanales tendrán cortinas que se cierren cuando haya necesidad. Una escalera sube al primer piso. Puerta a la cocina y al comedor. Puerta al resto de la casa. Pasillo a la entrada principal.

VESTUARIO.

Las tres mujeres son muy cuidadosas en el arreglo de su ropa, de su maquillaje y de su peinado, así mismo cuidan los zapatos y los accesorios. Luisa viste con ropa de mujer más joven que ella, Amelia con ropa adecuada a su edad y Adelita con chal y ropa de anciana. Luisa tiene el cabello pintado. Nicanor, si se quiere, es aún más pulcro y fijado en su atuendo que las mujeres, usa chaleco, corbata, bastón y sombrero. Es calvo y el poco cabello que le queda es cano.

ÉPOCA.- Actual

NOTA.- Cada uno de los personajes tendrá un tic o manía propia de los ancianos. Será el modo en que se colocan la ropa, en como caminan, en como se sientan, etc. etc.

Esto dependerá del gusto del actor o del director.

Al abrirse el telón vemos a las tres ancianas que contemplan el aparato de televisión. Se escuchan los diálogos de una telenovela mexicana en los que los actores se quejen y lloren. Amelia está muy triste por lo que ve y oye. Después de un momento se levanta Luisa y apaga el aparato.

AMELIA.- Aún no termina.

LUISA.- No sé ni por qué la puse, ya habíamos quedado en no verla.

ADELITA.- (A Amelia) Ya ves, por tu culpa.

AMELIA.- Yo, por qué.

ADELITA.- Si no te pusieras a llorar.

AMELIA.- Nunca lloro, sólo lo hice cuando Rosario Amparo perdió a su mamá. No soy de piedra.

ADELITA.- (A Luisa) Ponla mientras llega Nicanor.

LUISA.- No me gustan los llantos.

AMELIA.- Te prometo no llorar. Quiero ver a Roberto...tan guapo.

ADELITA.- No sé cómo te puedes fijar en ese, se va a casar con la criada, de balde la educación que le dieron en su casa.

AMELIA.- María Jacinta no es una criada, ya lo verás, te apuesto a que es hija de Leonor Estela.

LUISA.- Ya dejen de hablar de comedias no sé cómo pueden aguantarlas.

AMELIA.- Son muy bonitas.

LUISA.- Yo nada mas por no ver tanto anuncio.

ADELITA.- Faltan sólo cinco minutos para que termine.

LUISA.- Si terminara la pondría, pero de seguro la van a alargar otro año.

ADELITA.- Mejor. Los personajes de la tele son como unos amigos a los que veo todos los días y me platican sus cosas, sus problemas. Cómo me gustaría aconsejarlos, pero no se puede.

AMELIA.- Es verdad. Cuando Jorge Enrique se hizo socio de ese Esteban Jiménez, sin saber que era un gángster...

ADELITA.- No es precisamente eso...

AMELIA.- Claro que es un gángster.

ADELITA.- Es una persona equivocada.

AMELIA.- Nada de equivocada, un gángster, eso es, sólo un gángster puede robar a su propia familia.

ADELITA.- Era una herencia.

LUISA.- Basta. No quiero oír ni una sola palabra más de eso.

AMELIA.- (A Adelita) Pues yo a Jorge Enrique le hubiera dicho que tuviera cuidado.

LUISA.- ¿No pueden hablar de otra cosa?

AMELIA.- Podemos, pero no queremos.

LUISA.- Platiquen de su familia, de sus hijos, de sus primos.

AMELIA.- Yo veo más a Jorge Enrique que a todos mis parientes. A esos no les importo.

LUISA.- Mañana voy a decirle a Juanita que quite la televisión de este cuarto. Cada vez que la vemos nos ponemos de mal humor.

AMELIA.- Si estoy más contenta que nunca.

LUISA.- No faltó nada para que lloraras.

AMELIA.- Ya les dije que nunca lloro.

LUISA.- (Riendo) El que va a llorar hoy es Nicanor. Lo voy a inyectar.

AMELIA.- Con razón no ha llegado.

LUISA.- Él no lo sabe. Me habló para decirme que iba a llegar tarde pues iba a una farmacia a buscar quién lo picara; yo le dije que aquí cerca había una señora que a eso se dedica y que podía venir cuando él llegara...Esa señora voy a ser yo.

ADELITA.- ¿De qué está enfermo ahora? Si no tiene gastritis le sube la presión y quién sabe cuántas otras cosas.

LUISA.- A su edad...

AMELIA.- No digas a su edad que es más joven que tú.

LUISA.- Y que tú también.

AMELIA.- Nacimos en el mismo año.

LUISA.- Sí, pero tú naciste en enero y él en diciembre. Casi le llevas un año.

AMELIA.- Meses más, meses menos.

ADELITA.- Años más, años menos. Lo cierto que los cuatro somos unos ancianos.

LUISA.- Eso sí que no, nada de ancianos. (Modelando) ¿O acaso yo me veo como una anciana?

ADELITA.- Nos podemos pintar las canas, vestirnos juvenilmente, pero los años no hay quien nos los quite de encima.

LUISA.- Anciano es una palabra horrible.

ADELITA.- Viejo es peor.

AMELIA.- Somos personas de la tercera edad.

LUISA.- No, eso me hace pensar en personas del tercer mundo. Tampoco. Yo soy una persona adulta y punto. En la escuela dividían las etapas de la vida en niñez, adolescencia y edad adulta, nunca agregaban ancianidad o vejez.

AMELIA.- ¿De dónde vendrá esa palabra de anciano? Me imagino que de ansia, de ansia de vivir otro poco.

ADELITA.- Ansia es con ese, anciano es con ce.

AMELIA.- A nuestra edad una pequeña falta de ortografía se perdona.

ADELITA.- No, la ortografía es el vestido de las palabras y estas deben de ser elegantes.

Se escucha el timbre de la calle

LUISA.- Ya llegó. Váyanse a la cocina mientras yo lo inyecto.

Las dos mujeres se levantan, se ven entre ellas, sonríen y se sientan en el sofá principal

AMELIA.- No vamos a estorbar.

LUISA.- Vayan, yo sé lo que les digo, de paso abren la puerta...

ADELITA.- Y ponen el agua a calentar para el café.

LUISA.- (*Sonriendo*) Eso, y ponen el agua para el café.

AMELIA.- ¿Alguna otra cosita?

LUISA.- Yo las llamo cuando puedan regresar.

Salen las dos mujeres. Luisa saca de una bolsa una jeringa desechable, alcohol y algodón. Todo lo coloca sobre una mesa. Entra Nicanor, cojea un poca al caminar aunque el trata de evitarlo

NICANOR.- Buenas tardes.

LUISA.- Qué tal, cómo sigue esa gota.

NICANOR.- Cómo va a seguir. Mal. Es una enfermedad que llegó para quedarse.

LUISA.- (*Sonríe*) Menos mal que tiene usted sentido del humor. ¿Dónde está su medicina?

NICANOR.- (*Sacándola de la bolsa del saco*) Aquí. ¿Siempre va a venir esa señora?

LUISA.- ¡Yo lo voy a inyectar!

NICANOR.- ¿Usted?

LUISA.- Sí, yo, durante veinte años inyecté diariamente a mi marido con insulina. Era diabético

NICANOR.- Eso ya lo sé. Pero ya tiene varios años de muerto.

LUISA.- Lo que bien se aprende no se olvida.

NICANOR.- Mejor llame a la señora.

LUISA.- Yo lo voy a inyectar.

NICANOR.- Nunca debí platicarle que el médico me recetó esto.

LUISA.- Todo el mundo dice que tengo manos de ángel para inyectar.

NICANOR.- No lo dudo.

LUISA.- ¿Entonces?

NICANOR.- Me da pena.

LUISA.- No le dé. Es un trabajo muy sencillo y lo hago con gusto.

NICANOR.- No es por el trabajo. (*Se ve la nalga*)

LUISA.- (*Ríe*) Ah, es por eso. Le da pena que yo lo vea. (*Vuelve a reír*) Ya estoy curada de espanto.

NICANOR.- Siempre nos hemos tratado socialmente, son tantos años, cómo voy a...

LUISA.- Muy fácil, se acuesta en el sofá, se afloja el pantalón y deja al descubierto una parte de su anatomía. (*Ríe*)

NICANOR.- Usted se burla de mí.

LUISA.- Sería lo último que me atreviera en este mundo. (*Prepara la medicina, pone a nivel el líquido en la jeringa*) ¡Ya está!

NICANOR.- Ya no me duele el pie.

LUISA.- Entró cojeando.

NICANOR.- Muy poco.

LUISA.- Si no se la pone mañana va a estar peor.

NICANOR.- *(Camina rápido por la sala, casi baila)* Mire, ya no me duele.

LUISA.- La inyección tampoco va a dolerle. Es un piquetito...

NICANOR.- *(Más nervioso)* Tengo unas pastillas que son lo mismo.

LUISA.- El doctor le recetó inyecciones e inyecciones se va a poner. Eso corre de mi cuenta.

NICANOR.- Mejor vengo mañana ¿Quiere?

LUISA.- ¡Ahora mismo!

NICANOR.- Hace un año me inyectaron y me pasé quince días sin poder caminar.

LUISA.- Ya le dije que inyecto bien.

NICANOR.- No, no me voy a inyectar. Que no se hable más de este asunto.

LUISA.- ¿Quiere que llame a Adelita y a Amelia para que me ayuden?

NICANOR.- No, no haga eso, se lo suplico.

LUISA.- Ya las hice esperar mucho tiempo.

NICANOR.- ¿Cree de verdad que no dolerá?

LUISA.- Viejo miedoso, ni los niños. ¡Acuéstese!

Nicanor resignado se quita el saco, lo dobla y coloca perfectamente en una silla, se recuesta y púdicamente se descubre unos cuantos centímetros de la nalga

LUISA.- Así no lo voy a poder picar. Acuérdesse de que el que no enseña no vende.

NICANOR.- No me haga apenar más.

LUISA.- No quiero picarlo en un lugar equivocado. *(Nicanor se descubre un poco más. Luisa le da un jalón al calzón y deja al descubierto casi toda la nalga. Nicanor trata de subírselo. Luisa se lo impide).* ¡Deje esas manos quietas! *(Le limpia la región con alcohol)* Está usted muy duro, relájese.

NICANOR.- Cómo no voy a estar. Usted ni siquiera trae puestos sus lentes.

LUISA.- Y me tiemblan las manos.

NICANOR.- *(Trata de levantarse)* Déjelo.

LUISA.- ¡Quieto! ¡Cuenta hasta cinco!

NICANOR.- *(Obediente pero asustado)* Uno, dos... *(Luisa le clava la aguja)* ¡Ay!

LUISA.- Siga contando.

NICANOR.- *(Adolorido)* Tres, cuatro, cinco. *(Luisa saca la aguja, limpia la región, le*

da un pequeño masaje. El hombre está aturdido, no reacciona)

LUISA.- *(Riendo)* Ahora sí, ya está... y usted con la pompa al aire. A esto llamaría yo impudicia.

NICANOR.- *(Sumamente apenado se sube el pantalón)* Perdón.

LUISA.- *(Ríe fuertemente)* Es usted peor que nadie.

NICANOR.- *(Tocándose la nalga)* Es verdad, casi no me dolió nada.

LUISA.- Las siguientes inyecciones yo se las pongo.

NICANOR.- Muchas gracias, Luisita.

LUISA.- Nada de Luisita, eso me hace sentir más vieja. Soy Luisa a secas.

NICANOR.- ¿Me permite pasar a su baño?

LUISA.- *(Vuelve a reír)* ¿Hasta ganas de hacer pipí le dieron?

NICANOR.- *(Muy digno)* No, voy a arreglar mi ropa. No lo puedo hacer delante de una dama.

LUISA.- Pase, está usted en su casa, por ahí me manda a las muchachas.

NICANOR.- ¿Ya tiene otra? Yo sólo conozco a Juanita y ella se va a las cuatro ¿o no?

LUISA.- Adelita y Amelia son las muchachas... y de seguro que han de estar pensando cosas malas de nosotros.

NICANOR.- *(Se vuelve a apenar)* Es usted un demonio, siempre me hace sonrojar.

(Toma su saco, hace una pequeña reverencia y sale. Luisa sonrío) Con permiso.

LUISA.- Usted lo tiene. *(Luisa recoge lo que ensució para inyectar y lo tira en algún bote elegante de basura. Entran las otras dos mujeres)*

AMELIA.- Cómo se tardaron, creí que nunca iban a terminar.

LUISA.- *(Riendo)* Ya sabes lo cobarde que son los hombres.

ADELITA.- Es cierto, todos son iguales, todos le tienen pavor a las inyecciones; mi marido no se salvaba, para que se dejara inyectar teníamos que perseguirlo por toda la casa.

AMELIA.- *(Se acerca a la puerta para ver si no viene Nicanor)* ¿Cómo tiene las nachas Nicanor? Se me hace que muy planas.

LUISA.- No te falló, planas totalmente.

ADELITA.- *(Escandalizada)* Una mujer no se fija en eso.

AMELIA.- Claro que se fija. Ahora que ando mucho en el Metro y que me toca subir escaleras y más escaleras veo cada pompis. Si supieran lo que me tengo que

contener... *(Hace señas de pellizcar una nalga.)*

ADELITA.- Va a regresar Nicanor y las va a oír. Imagínense lo que pensará.

LUISA.- *(Riendo)* Que nos gustan las nalguitas.

AMELIA.- *(A Adelita)* ¿A ti también te gustaban, o no?

ADELITA.- *(Apenada)* Y me siguen gustando, el que sea uno adulto no indica que no nos guste lo bello.

AMELIA.- Y las pompis son bellas, siempre lo han sido.

ADELITA.- Silencio, que ahí viene.

Las tres se ríen de su plática, no pueden contenerse cuando entra Nicanor

NICANOR.- Si las hice esperar les ruego que me disculpen.

LUISA.- *(Todavía con risa)* Hablábamos de frutas. *(Hace como si tomara una pera con las manos)* De peras. *(Las tres ríen más fuerte)*

AMELIA.- *(Hace el mismo movimiento de manos sólo que ahora más amplio)* De melones. *(Sigue la risa)*

ADELITA.- *(Lo mismo pero mucho más amplio)* De sandías.

AMELIA.- De sandías aplastadas. *(Ahora las carcajadas son muy fuertes. Nicanor sonrío)*

NICANOR.- No sabía que las frutas produzcan risa.

LUISA.- Normalmente no, pero hoy estamos contentas y todo nos hace reír.

NICANOR.- ¿Y el motivo de esta felicidad?

LUISA.- Estar vivas. ¿No es suficiente?

NICANOR.- Sí, si se está sano. Yo no lo estoy.

LUISA.- Una gota en el pie no tiene importancia, por eso le llaman gota, como una gota de agua, algo pequeño.

NICANOR.- Que lo sufra el que le puso ese nombre. No es una gota, es un mar de dolor.

LUISA.- ¡Las cinco! Hora de nuestra costura.

Las mujeres toman sus bolsas de costura y se sientan. Nicanor espera, va por su portafolio y se lo coloca en las piernas

NICANOR.- Insisto una y otra vez que hagamos lo de antes, jugar a las cartas, ver la televisión, platicar.

AMELIA.- Ya lo hablamos antes, usted aceptó.

NICANOR.- Porque nunca me imaginé...

AMELIA.- No se imaginó lo inútil que era. ¿Ya aprendió siquiera a ensartar el hilo en la aguja?

Nicanor abre su portafolios, saca su costura

NICANOR.- Ya bordé la rosa, no me quedó muy bien...

ADELITA.- Déjeme verla.

NICANOR.- Unos puntos se me fueron.

ADELITA.- Permítamela. *(Se la da. Adelita la examina, después se levanta a enseñársela a las otras dos mujeres)* Para ser la primera está muy bien, yo diría que muy, muy bien. Lo felicito. Su funda va a quedar preciosa.

NICANOR.- *(Orgulloso por el comentario)* Me hubieran gustado violetas o azucenas, como que son más serias.

LUISA.- Rosas son lo mejor.

AMELIA.- *(Mostrando una madeja de hilo azul)* ¿Te gusta?

LUISA.- Otra vez un color pálido. ¡Qué terquedad!

AMELIA.- Es el color del mar de mi tierra.

LUISA.- Puede ser, no lo conozco.

AMELIA.- Porque no has querido, me he cansado de invitarte.

LUISA.- No me gusta dar molestias a nadie.

AMELIA.- Sólo vive mi hija con su marido, su casa está muy cerca de la playa.

LUISA.- Muchas gracias.

ADELITA.- Esta plática como que me suena...

LUISA.- Es que esta mujer me saca de quicio con sus cosas. ¿No le he dicho que no compre colores claros?

ADELITA.- Déjala, es para ella, no para ti.

LUISA.- *(A Amelia)* ¿Nunca has visto a un difunto? Se ponen pálidos y azulosos, y tú compras eso mismo, un color pálido y azul. No te entiendo.

AMELIA.- El azul es el color del cielo.

LUISA.- Si tanto te gusta cómpralo oscuro, que sirva de contraste.

AMELIA.- Iría con mis ojos, los tengo azules.

LUISA.- En la caja los vas a tener cerrados. Bonita te verías con los ojos pelones.

AMELIA.- Siempre me los han chuleado, hasta versos le han escrito. ¿Te acuerdas de Bulmaro? El escribió un madrigal de lo más hermoso.

LUISA.- Él no te vio con lentes y ojeras.

AMELIA.- (*Suspirando*) Pobre, se murió tan joven. Así mueren los poetas.

NICANOR.- Me acuerdo de él, murió como a los cincuenta y cinco años, ya no era tan joven.

LUISA.- Cualquiera persona menor de sesenta años es un joven.

NICANOR.- Pregúnteselo a sus nietos. Para ellos alguien mayor de cuarenta es un ser antediluviano.

AMELIA.- Pero no para nosotros. (*Sonríe pícaro*) Ya quisiera uno de esa edad para los fríos.

LUISA.- Dirás para los calores.

ADELITA.- ¡Niñas, niñas, que aquí está Nicanor!

NICANOR.- (*Que está cosiendo*) Por mí no se preocupen. Ni veo, ni oigo, ni hablo.

ADELITA.- Lo van a pervertir.

LUISA.- A Nicanor nadie lo pervierte, se me hace que fue tremendo en su juventud. (*A Nicanor*) ¿O no?

NICANOR.- (*Apenado*) Alguna vez fui joven.

LUISA.- Ya ven. (*Nicanor por sonreír se pincha con la aguja*)

NICANOR.- ¡Carajo!

Las tres mujeres dejan de coser y lo ven asombradas. Nicanor se pone rojo de vergüenza

LUISA.- (*Aguantándose la risa*) ¿Y eso?

NICANOR.- Perdón, es que me pinché. Fue un exabrupto.

LUISA.- (*Riendo*) Nicanor, qué le sucede. Primero nos lanza desde el fondo de su alma un carajo y después nos llama brutos.

ADELITA.- Ya dejen en paz a Nicanor, si siguen molestándolo no va a regresar, él no tiene la culpa de ser el único hombre.

LUISA.- (*Muy seria*) Sí la tiene. Los hombres mueren primero que sus esposas, si así fuera aún viviría Julia, mi mejor amiga.

NICANOR.- Yo moriría mil veces para que ella viviera.

LUISA.- Perdón, no quise decir eso, el recuerdo de Julia me asaltó de repente.

NICANOR.- Yo siempre la recuerdo; no fue justo que muriera de esa manera.

ADELITA.- Quedamos en no ponernos sentimentales en estas reuniones, poco nos queda de vida para gastarla llorando al pasado.

LUISA.- Es cierto, mejor hablemos de nuestras costuras.

AMELIA.- No lo van a creer, pero ayer, ¿o sería anteayer? Bueno, no tiene importancia; lo cierto es que empecé a arreglar mi closet y qué creen que me encuentro. Debajo de las sábanas nuevas estaba una bolsa de papel y dentro de ella, ni se imaginan, el encaje de Bruselas que compré hace treinta años. ¡Una maravilla! Y son ocho metros.

LUISA.- Hermoso para un traje de novia.

AMELIA.- Se lo voy a poner a mi mortaja. ¿No piensan que es una buena idea?

LUISA.- ¿Es ancho?

AMELIA.- Tendrá unos treinta centímetros.

LUISA.- Sí, puede servir para la orilla. Te va a quedar divino.

AMELIA.- Lo que no sé es qué tela voy a comprar ahora.

ADELITA.- El encaje va con seda, no hay otra tela que lo haga lucir como ella.

AMELIA.- ¿No será muy ostentoso?

NICANOR.- La seda la producen los gusanos, ahora la seda se la comerán los gusanos.

NICANOR.- Insisto en que esto no me gusta ni tantito. (*Saca una tela*) Yo por qué tengo que estar bordando mis fundas y mis cojines. Cuando me muera no faltará alguna alma piadosa que me coloque alguno.

LUISA.- No será a su gusto.

NICANOR.- Ese día ya no tendré gustos.

LUISA.- (*Mostrando la sala*) ¿Qué le parece mi sala?

NICANOR.- ¿Su sala?

AMELIA.- (*A Luisa*) Dirás lo que queda de ella.

LUISA.- Bien, lo que queda de ella.

ADELITA.- Yo jamás hubiera permitido que se llevaran mis muebles más finos y mis cuadros valiosos por más hijo que sea.

LUISA.- Ya les dije que se los regalé.

ADELITA.- El te los pidió.

LUISA.- Me dijo que corrían peligro de que me los robaran, que siempre estoy sola.

AMELIA.- ¿Y en su casa sí están seguros? Bueno, en esta época ya nada está seguro.

LUISA.- Por eso los vendió.

ADELITA.- ¿Qué dices, que vendió tu piano, tus cómodas, tus marfiles...?

LUISA.- No sigas con la lista o vas a parecer un anticuario. El necesitaba el dinero y punto.

ADELITA.- Es un abuso.

AMELIA.- ¿Por qué no nos lo habías contado?

LUISA.- Hay muchas cosas que no se cuentan.

NICANOR.- Los hijos, los hijos, menos mal que conserva esta casa.

LUISA.- Para que terminen de saberlo todo, también le di la casa.

AMELIA.- ¿Se la diste? ¡Estás loca!

LUISA.- Es mi hijo, el único. Cuando murió Serafín preferí que pusieran la casa a su nombre para evitar dos pagos de impuestos, uno por la herencia de mi marido y otro por la mía.

AMELIA.- Esto quiere decir que todo le pertenece.

LUISA.- No todo, algunas cositas son mías, como mi ropa.

AMELIA.- No lo puedo creer, es una tontería, con razón nos lo habías ocultado.

LUISA.- Yo estoy contenta con esta solución, mientras viva él pagará predial, la luz, el agua.

AMELIA.- ¿Y cuándo te enfermes?

LUISA.- Tengo mis pequeños ahorros, de ellos como y compro mis medicinas.

NICANOR.- ¿No tiene miedo que algún día su hijo...?

LUISA.- No siga, Raúl es un buen hijo y siempre se preocupará por mí y por mi salud.

NICANOR.- Si tanto se preocupara ya la habría llevado a vivir con él.

LUISA.- Eso es lo que él quiere, siempre me está pidiendo que me vaya a vivir con él, pero nunca lo haré. Jamás pelearé por los muebles, por la casa, por dinero; pero

por mi libertad sí, por ella soy capaz de no sé qué. El vivir con los hijos tendrá muchas ventajas, pero se pierde autoridad y libertad; si no pregúnteselo a Amelia; y eso que ella es la que paga todo.

AMELIA.- Mi caso es distinto, cómo puedes comparar. Cristina vive conmigo, sí, porque se separó de su marido, el día que consiga trabajo o se vuelva a casar...

LUISA.- ¿Por eso te grita? Nada le parece, en nada está de acuerdo.

AMELIA.- ¿Qué hijo está de acuerdo con sus padres?

ADELITA.- En mi época ninguna mujer trabajaba y todas nos llenábamos de hijos con la secreta esperanza de que cuando fuéramos viejos ellos nos mantuvieran. Era una especie de jubilación. Pero veo que no. Ya viejas seguimos manteniéndolos.

NICANOR.- Usted porque quiere.

LUISA.- Unas porque queremos, otras porque nos lo exigen y todas por pendejas.

NICANOR.- Luisita, me extraña de usted.

LUISA.- ¿De qué se extraña, de que diga palabrotas? Si me escuchara cuando estoy enojada. Me las sé todas. *(Ríe)*

NICANOR.- Siempre envidié a los matrimonios que tenían hijos, pero ahora estoy feliz y le doy gracias a Dios de que no tuve ninguno.

LUISA.- Pues se perdió de uno de los mayores dones que recibe el ser humano. Los hijos podrán ser lo que quieran, hacer lo que quieran, pueden traicionarnos y hasta matarnos, pero son nuestros, lo único verdaderamente nuestro.

NICANOR.- *(Ve la sala)* Hace un rato me preguntó si me gustaba su sala. ¿Por qué de la pregunta?

LUISA.- ¿Eso dije? ¿De qué estábamos hablando? Hay días en que se me olvida todo.

AMELIA.- Dime cuando para pedirte prestado.

LUISA.- Eso sí nunca se me olvida.

NICANOR.- Hablábamos de las costuras, de los bordados.

LUISA.- Ah, ya me acordé, es una comparación tonta que iba a hacer.

NICANOR.- Dígala, por favor.

LUISA.- Los humanos siempre tratamos de lograr que donde vivamos sea lo más confortable y bello posible. Durante años y años vamos comprando cositas y colocándolas aquí, allá. Cada objeto de esta casa tiene su historia.

AMELIA.- Más historia tenía lo que se llevó Raúl.

LUISA.- Ya deja.

NICANOR.- Continúe, se lo pido.

LUISA.- Si eso hacemos para decorar algo donde vamos a vivir unos cuantos años, por qué no decorar y hacer bello el lugar donde vamos a permanecer para siempre.

ADELITA.- No permaneceremos, nuestro cuerpo se descompondrá.

LUISA.- Es posible que el alma permanezca eternamente. ¿Quién lo sabe? Por algo los faraones, los aztecas, los mayas y tantos otros construían sus tumbas y pirámides. Como a mí no me van a dejar construir mi pirámide en el Panteón Jardín, al menos tengo que adornar mi caja. ¿Está claro o no?

NICANOR.- Usted sí pero yo no. Mi casa fue siempre muy modesta, sin adornos.

AMELIA.- Pero qué tal ha gastado en ropita.

NICANOR.- Eso sí me gusta.

LUISA.- Pues su caja va a ser el último traje que se ponga.

NICANOR.- Es mejor que me dejen venir a verlas, sin tener que estar cosiendo.

LUISA.- ¿Sin trabajar? No. Eso hacen los maridos toda la vida, vernos hacer toda la casa mientras ellos leen tranquilamente el periódico. Pero eso se acabó. Si no trabaja no viene.

NICANOR.- Es usted cruel, sabe muy bien que no tengo otros amigos.

ADELITA.- Vaya a la empresa donde trabajaba, por fuerza debe de tener amigos en ese lugar.

NICANOR.- Muchos y muy buenos, mis mejores amigos, con los que salía a tomar la copa o alguna fiesta o cena, con alguno de ellos hasta viajé; y juntos, ellos y yo, conseguimos en una huelga que nos mejoraran los sueldos. Sí, ahí están mis mejores amigos.

LUISA.- Pues vaya a visitarlos. No es bueno estar rodeado sólo por mujeres.

NICANOR.- Cuando me jubilaron fui varias veces, casi a diario, era mi camino normal, mi vida.

AMELIA.- ¿Y?

NICANOR.- Y nada, no sucedía nada, era como si nunca hubiera trabajado en ese lugar.

ADELITA.- ¿No le hablaban?

NICANOR.- Sí, todos, me decían que qué gusto, que qué bien me veía, que cómo me envidiaban, después se iban y me dejaban solo junto al checador viendo como

transcurrían los minutos. Ahora los visito cada Navidad. Siguen diciéndome lo mismo, lo del gusto y la envidia.

LUISA.- ¿Cuánto trabajó ahí?

NICANOR.- Treinta y cuatro años.

AMELIA.- Toda una vida.

NICANOR.- No toda, pero sí la más productiva.

ADELITA.- Cuando ellos se jubilen tampoco nadie les hará caso, se lo tendrán bien merecido.

NICANOR.- Eso no es consuelo.

LUISA.- ¿Y su familia?

NICANOR.- Ellos sólo esperan que los herede. Si los visito se alegran, por supuesto si la visita es corta. Todos están muy ocupados en sus cosas, en su vida. Cómo pedirles que se ocupen de un anciano.

LUISA.- Recuerde, de un adulto, nada de anciano.

NICANOR.- No entiendo.

LUISA.- Quedamos hace rato que no somos ancianos.

NICANOR.- ¿No?

LUISA.- ¿Ya se le olvidó lo que dijimos?

NICANOR.- A mí no me han dicho nada.

LUISA.- Cómo que no.

AMELIA.- Nicanor no había llegado.

LUISA.- ¿Estás segura?

AMELIA.- Sólo estábamos las tres.

LUISA.- Ah.

NICANOR.- ¿De qué hablaron?

LUISA.- Olvídelo.

NICANOR.- (*Sonríe*) Los ancianos o los adultos no les interesamos a nadie.

AMELIA.- Y pensar en todo lo que dejamos de hacer por ellos. Yo quise abrir una academia de costura, nadie me lo permitió. Ni mis padres, ni mi marido y menos mis hijos. Me debía a mi hogar. Me quedé con ese deseo...y con otros que mejor ni digo.

ADELITA.- Yo tuve pocos deseos en la vida, deseos importantes, los antojos siempre me

fueron cumplidos; en realidad, ahora que lo pienso sólo he deseado una sola cosa, morir cuando murió mi marido.

AMELIA.- Lo habrás sentido también cuando murieron tus hijos.

ADELITA.- Murieron dos, pero tenía un tercero por quién luchar.

LUISA.- Si se cumplieran los deseos yo pediría casarme con un hombre de los de ahora, ellos sí están preparados para el matrimonio: no te mandan, van al mercado, lavan los trastes, te dan tu quincena. Ya me imagino si a Serafín le hubiera dicho que calentara el café o que trajera el pan de la panadería. Por menos me hubiera matado.

NICANOR.- A nadie se le cumplen los deseos.

ADELITA.- A usted sí. Deseó una casa y la tuvo, deseó una buena esposa y Julia lo fue.

NICANOR.- La mejor.

LUISA.- Hasta escribió su libro.

AMELIA.- Y ahora es soltero y jubilado. ¿Quién puede pedir más a la vida?

ADELITA.- (*Poniéndose de pie*) ¿Me perdonan?

LUISA.- Por supuesto.

ADELITA.- Voy al baño. (*Sale rápidamente*).

LUISA.- Ha de ser tremendo tener que ir a hacer pipí a cada rato. Imagínense si le agarra en la calle.

AMELIA.- Pobre Adelita.

LUISA.- Ni la pobretees, ella nos va a enterrar a todos.

AMELIA.- Como enterró a su marido y a sus dos hijos. Mil veces morir que ser testigo de la muerte de uno de ellos. Yo me hubiera muerto de la pena.

NICANOR.- ¿Qué edad tendrá?

LUISA.- Es cinco años mayor que nosotros. Al menos eso dice. A mí se me hace que nació con el siglo.

AMELIA.- No creo, cuando mucho será de la Revolución.

NICANOR.- Debe haber nacido cuando la primera guerra mundial.

LUISA.- Mejor digan que con la segunda y así va a resultar más joven que todos.

NICANOR.- Se fijaron como todo lo relacionamos con las guerras, por qué mejor no decimos que nació con la imprenta o con la penicilina.

AMELIA.- Las guerras cambian todo.

NICANOR.- La imprenta logró cambios más profundos.

LUISA.- A mí hay una guerra que sí me gusta.

NICANOR.- ¿Cómo puede decir eso?

LUISA.- La guerra de los sexos. Una lucha que empezó en el momento en que le quitaron su costilla a Adán. *(Ríe)* Esa sí es una verdadera lucha, una lucha cuerpo a cuerpo. *(Suspira)* ¡Me encanta!

AMELIA.- Dirás que te encantaba.

LUISA.- Digo que me encanta. Hace mucho que no viajo y sigo diciendo que me encanta viajar. Así lo otro. *(Coqueta ve a Nicanor que se apena)* Y si alguien, algún día de estos me ofrece un viajecito... *(Ríe. A Nicanor)* ¿Usted de seguro ya no viaja, verdad? *(Ríe)*

NICANOR.- *(Riendo forzosamente)* ¿Dónde aprendió esas cosas?

LUISA.- Donde se aprende todo, en la vida. *(Regresa Adelita)*

ADELITA.- Ya estaba hirviendo el agua.

LUISA.- ¡Jesús, María y José! El agua del café. No les digo que todo se me olvida. Voy corriendo a apagarla.

ADELITA.- Siéntate, ya la apagué.

LUISA.- Eres un ángel. De cualquier modo voy por el café.

ADELITA.- Yo lo prefiero después.

LUISA.- Cuando ustedes digan.

AMELIA.- Por estar hablando no adelantamos en la costura.

Se hace silencio. Empiezan a coser de nuevo. Luisa empieza a tararear la canción “Farolito” de Agustín Lara. Es secundada por las otras dos mujeres. En un momento se une Nicanor silbando la melodía. Todos ríen.

ADELITA.- Hubiéramos sido un buen cuarteto.

Ríen otro momento.

LUISA.- Estuve pensando en el tipo de tela para el interior. Me gustaría satín, pero se me hace que se va a manchar muy rápidamente y quizás a romper. ¿No será mejor

una tela de plástico?

AMELIA.- ¿Forrar tu caja con plástico? ¿Lo dicen en serio?

LUISA.- No me gustaría que el trabajo de las demás telas se destruyera tan pronto. Con eso se protegen un poco.

AMELIA.- El plástico es frío, es húmedo. ¡Guácala! Mil veces un terciopelo.

LUISA.- Tienes razón, total, si dura mucho o poco ya no es mi problema. La verdad que había pensado en el plástico también por los animalitos. A la mejor así no entran.

NICANOR.- ¿Qué animalitos?

LUISA.- Esos, ya saben, las larvas de las moscas.

ADELITA.- Dirás los gusanos.

LUISA.- Esos.

ADELITA.- Si no nos comieran y la humedad no terminara con lo que dejan dónde íbamos a meter a tanto muerto. Ya somos millones y millones.

LUISA.- Siguen sin gustarme.

AMELIA.- Dicen que lo primero que se comen son las tripas.

NICANOR.- Se comen todo, sólo dejan los huesos.

AMELIA.- Y el pelo. Ese tampoco se lo comen.

ADELITA.- Se me hace que se ha de sentir muy feo cuando se estén comiendo los ojos y la lengua.

NICANOR.- A la mejor se sienten como cosquillas.

LUISA.- Un día oí en la calle que le gritaban a unas mochas que iban todas tapadas, y que de seguro eran solteronas, que lo usaran, que era mejor a que se lo comieran los gusanos. (*Ríe*)

AMELIA.- (*Inocente*) ¿Qué tenían que usar?

LUISA.- (*Riendo*) Nada, los chales, sí, los chales.

AMELIA.- ¿Esos se los comen también los gusanos?

LUISA.- (*Ríe más fuerte*) Si te entierran con ellos, sí.

NICANOR.- La verdad es que no sé por qué no podemos vivir para siempre.

ADELITA.- Hablar así es hablar con egoísmo, no habría lugar para otros seres que también tienen derecho a la vida.

LUISA.- ¿Y nosotros, no?

ADELITA.- No tendríamos hijos.

LUISA.- Es verdad, no tendríamos.

AMELIA.- Lo que yo tengo es hambre. (A Nicanor) ¿Hoy no nos trajo sus galletitas?

NICANOR.- Todo se me puede olvidar, pero eso no. Se las di a Adelita cuando llegué.

ADELITA.- Están en la cocina.

LUISA.- (A Nicanor) ¿Ya quiere su café?

NICANOR.- Sí, Luisita, si no es mucha molestia.

LUISA.- Otro Luisita y le juro que le pongo una inyección que le va a doler hasta el alma.

NICANOR.- Luisa, Luisa, Luisa.

LUISA.- Así suena mejor, imagínese si a usted el digo Nicanorcito.

NICANOR.- Me gustaría.

LUISA.- (Riendo) ¿De verdad, Nicanorcito?

AMELIA.- Si no me traen mi café y mis galletas yo voy por ellas. Me desmayo del hambre.

LUISA.- Por eso nunca adelgazas, te aseguro que el vestido para tu entierro ya no te va a cerrar.

AMELIA.- Pues te equivocas, chulita, ayer me lo puse para ver el largo de la falda y me queda perfectamente.

LUISA.- En cambio yo he engordado dos kilos y los malvados se colocaron aquí. (Señala su abdomen) Mi vestido ya lo descarté. Hace una semana me lo puse para ir al recital de conchita en la Ponce. Qué bueno que me lo estrené, con las luces del teatro se veía muy pálido, como desteñido, imagínate en la caja...

ADELITA.- A mí me encantaba.

LUISA.- A mí también cuando lo compré, ahora ya no.

AMELIA.- ¿Qué vas a hacer entonces?

LUISA.- No voy a hacer, ya lo hice, una verdadera locura; me compré otro vestido.

ADELITA.- Eso no es una locura.

LUISA.- Sí lo es, por el precio, por el color, por lo escotado. Es rojo. ¿Te imaginas a una muerta vestida de rojo?

ADELITA.- Rojo pálido, me supongo.

LUISA.- No, rojo vivo, rojo sangre, rojo rubí, rojo atardecer, rojo amor.

NICANOR.- No importa el color, ni el precio ni el escote. Ese vestido lo usará para

alguna boda o un coctel. De aquí a que se muera comprará varios otros y siempre serán locuras.

LUISA.- Puedo morir pronto.

NICANOR.- Sí, por un accidente, sí, hasta los niños se mueren. Pero de muerte natural, por vejez...

ADELITA.- Esa me toca primero a mí. (A Luisa) ¿Te puedo pedir un favor?

LUISA.- ¿Quieres ir otra vez adentro? Ve con confianza.

ADELITA.- No, te voy a pedir que no vayas a ir a mi velorio con ese vestido rojo que dices, me quitarías a todo el público, y ese día yo tengo que ser la protagonista.

LUISA.- No te preocupes, no lo usaré, este va a ser definitivamente mi vestido nupcial con la muerte.

NICANOR.- Mientras tanto puede seguir engordando o adelgazando.

LUISA.- Lo compré amplio por si engordo y si adelgazo sólo hay que meterle una pinza.

AMELIA.- ¿Lo tienes aquí?

LUISA.- En mi ropero.

AMELIA.- Déjanos verlo.

LUISA.- No. Los vestidos de novia no se muestran hasta el mero día. Ya les dije que es mi traje de boda con la muerte.

ADELITA.- ¿Es largo o corto?

LUISA.- Largo, por supuesto. Ese día hay que estar muy elegante. ¿Qué creen? Me lo puse y con él me metí en la caja. Está a la medida, no quedan huecos ni sobresale y sobre todo no se arruga como el anterior. La tela es maravillosa, tiene una caída que dibuja todo el cuerpo.

NICANOR.- Cuando llegue al cielo con esa ropa va a alborotar a todos los santos.

LUISA.- Mejor me voy con los diablos, ahí mi vestido pasará desapercibido.

NICANOR.- Pero no usted.

LUISA.- Eso sí que no, hasta a los diablos pienso alborotar.

AMELIA.- Siempre has sido así, alegre, no me explico como tuviste a un hijo tan serio como Raúl.

LUISA.- Sí, es serio. (Seria). Por mi culpa.

NICANOR.- ¿Cómo?

LUISA.- Por lo visto hoy es día de confesiones. Ya les conté de mis muebles, lo de la

casa, de mi vestido. Ahora les contaré mi gran trauma. ¡Fui una mala madre!

AMELIA.- No digas eso.

LUISA.- Lo fui.

ADELITA.- Estás equivocada.

LUISA.- Yo soy la única en saberlo. Ustedes empezaron a frecuentar esta casa cuando mi hijo tenía siete años de edad. Antes fue horrible.

AMELIA.- Me asustas.

LUISA.- Más te va a asustar cuando sepas la verdad. Cuando el médico me dijo que iba a tener un único hijo me empecé a preocupar por él.

AMELIA.- Todos nos preocupamos por nuestros hijos.

LUISA.- Pero yo más. Leí cuanto libro cayó en mis manos, de psicología, de psiquiatría, de religión, de pedagogía, de consejos útiles, de todo. Ninguno me convenció. Pensé que la única forma de educar era la antigua, la firme, la que no da concesiones al niño. Así que cuando nació Raúl evité cualquier manifestación de cariño, fui estricta hasta la obsesión en su educación: prácticamente nada de juegos, horario fijo para comer, para dormir, nada de llantos. Lo eduqué a base de correctivos, palabras, golpes....

AMELIA.- (*Asustada*) Nada más porque tú lo dices.

LUISA.- ¡Raúl me odia!

ADELITA.- ¡Qué barbaridad!

NICANOR.- (*Disculpando a Luisa*) En efecto, la educación antigua era diferente, bien decían los maestros que las letras con sangre entran. Usted sólo aplicó esos principios.

AMELIA.- Lo hiciste por su bien.

ADELITA.- Todos tenemos nuestros modos de matar pulgas y si el tuyo...

LUISA.- (*Ríe a carcajadas*) ¿No me digan que me creyeron? Ahora la asustada soy yo. Si una madre ha consentido a su hijo esa he sido yo, desde que nació hizo lo que quiso. Ya los tres estaban justificando que hasta le pegara.

ADELITA.- Eres irremediable.

AMELIA.- Yo casi te lo creo.

NICANOR.- Yo no creí nada, usted es incapaz de una cosa así.

LUISA.- ¿Verdad que no? (*Seria de nuevo*) Sí, lo consentí lo más que pude, le di todo,

ahora quiero que me digan por qué el es así, por qué me odia. Sí, me odia, lo siento aquí. (*Se toca el pecho*) Por eso me quitó los muebles...

NICANOR.- Los hijos, los hijos. Bien dice el dicho de que "Cría cuervos..."

ADELITA.- Son unos ingratos.

AMELIA.- (*Indignada*) No, no son ingratos como dicen, son unos ca..., unos ca...

LUISA.- ¿Ca...?

AMELIA.- Ca...canallas. Eso son.

LUISA.- (*Ríe*) Creí que los ibas a llamar cabrones y eso no te lo iba a permitir.

AMELIA.- ¿Después de lo que nos has contado?

LUISA.- Mentiras, les he contado puras mentiras para pasar el tiempo. Raúl es el mejor hijo del mundo, si yo lo consiento, él me consiente mucho más a mí. Su amor es tan grande que permite que viva y sola a pesar de él.

AMELIA.- Antes de que Luisa nos cuente otra de sus mentiras propongo que pasemos a tomar el café. El agua ya debe de estar helada.

LUISA.- La volvemos a calentar, no te preocupes.

AMELIA.- ¿Lo tomamos en el comedor?

LUISA.- No, aquí. La sala es para lo más importante, y ustedes son lo más importante para mí. Mis amigos. Y como amigos que son, les voy a pedir un favorcito.

AMELIA.- Conmigo no cuentas.

LUISA.- No seas mala.

NICANOR.- ¿En qué puedo servirla?

LUISA.- (*A Amelia*) Aprende de él.

AMELIA.- (*Burlona*) ¿En qué puedo servirte? No...

LUISA.- Quiero traer la caja a este lugar, en mi recámara no puedo trabajar bien en ella. Terminé los exteriores pero ahora que tengo que forrarla por dentro no voy a poder.

ADELITA.- Le hubieras dicho a Juanita.

LUISA.- Esa no entra a mi recámara de puro miedo.

AMELIA.- ¿Está muy pesada?

LUISA.- La tengo colocada sobre una mesa con ruedas, tenía que moverla para pintarla.

ADELITA.- Si tiene ruedas entonces tú sola la puedes traer.

LUISA.- ¿Se te olvida la esquina del pasillo? Si no se carga un poco no pasa. Ya hice la

prueba.

AMELIA.- Tú logras todo de nosotros.

NICANOR.- Vamos.

LUISA.- Primero ayúdenme a mover los muebles para hacerle lugar.

Los cuatro ancianos se levantan, empiezan a mover los muebles, les cuesta mucho trabajo pero lo logran

AMELIA.- ¿Por qué harán los muebles tan pesados?

NICANOR.- Permítanme, déjenme solo, yo puedo. *(Trata de mover el sofá, no puede, puja)* Por lo menos me va a dar un infarto.

LUISA.- Déjenlo así. Mañana los termino de acomodar cuando llegue Juanita.

AMELIA.- Si no es que se te va antes.

LUISA.- Qué la boca se te haga chicharrón.

ADELINA.- ¿Vamos a ir por la caja o no?

ADELITA.- ¿Vamos a ir por la caja o no?

LUISA.- Tú quédate sentada, está muy pesada.

ADELITA.- Yo también puedo, sólo eso me faltaba.

LUISA.- *(A Amelia)*. Por favor cierra esa cortina, no quiero que los vecinos vengan a darme el pésame antes de tiempo.

Salen los cuatro. La luz que entra por la ventana disminuye de intensidad. Queda en penumbras la sala. Regresan las cuatro con la caja que no se debe ver bien por la oscuridad. La colocan en el centro.

LUISA.- ¿Qué les parece?

AMELIA.- Con esta luz no veo ni la pared de enfrente.

NICANOR.- Es muy hermosa.

LUISA.- Embustero, con esta luz no puede apreciarla, lo principal son los detalles. Pero esperen, tomen cada quien su vela. Da otro efecto.

Trae cuatro cirios grandes, le da uno a cada uno de ellos, los encienden, se colocan

primero en las cuatro esquinas, después dan vueltas alrededor de féretro festejando lo bello de él. Ríen de gusto

AMELIA.- Nunca pensé que te quedara tan bella.

NICANOR.- Es digna de un museo.

LUISA.- Nada de museo, es para mi uso particular.

ADELITA.- Con un ataúd así, hasta gusto da morirse.

Se enciende una luz, debe ser cenital, el ataúd brillará como una joya. Todos exclaman de asombro. Vuelven a dar vueltas a su alrededor mientras se cierra lentamente la cortina

FIN DEL PRIMER ACTO.

SEGUNDO ACTO

Han transcurrido dos meses desde la escena anterior. Al abrirse el telón contemplamos la misma escenografía que en el primer acto. Ya no se encuentra el ataúd y faltan algunos muebles y cuadros. De la sala sólo queda el sofá. En lugar de sillones hay sillas. En ellas se encuentran sentados Amelia, Adelita y Nicanor. Los tres visten ropas oscuras que nos hagan pensar en una persona de luto pero sin llegar al negro riguroso.

AMELIA.- ¿Qué horas serán?

NICANOR.- (Saca un reloj de bolsillo) Van a dar las siete.

AMELIA.- Ya está oscureciendo. Voy a prender la luz. (Se levanta y va a hacerlo). No

tenemos ni una hora aquí y pienso que han transcurrido como tres.

ADELITA.- Es por las sillas, yo ya no aguanto más.

NICANOR.- ¿Se fijaron en los ojos de rapiña de la mujer de Raúl? Menos mal que Luisita no los vio.

AMELIA.- Pobrecita.

ADELITA.- No fue justo.

NICANOR.- Cuando vi salir la caja por esa puerta se me puso la piel de gallina, no lo pude remediar.

AMELIA.- Se veía tan bella. ¿Se fijaron como brillaba con los rayos del sol? Era una joya, una obra de arte.

NICANOR.- Porque no han visto la mía.

AMELIA.- Cómo lo vamos a ver si nunca nos invita a su casa.

NICANOR.- Usted sabe que eso no es verdad. La he invitado en repetidas ocasiones.

AMELIA.- No voy a casa de un soltero así como así.

NICANOR.- Soy viudo.

AMELIA.- Peor aún, son los más mañosos.

ADELITA.- Y los más libidinosos, por algo los llaman viejos rabos verdes.

AMELIA.- Serán rabos rojos.

NICANOR.- No pasa un día sin que me hagan ustedes apenar, parece que lo hacen a propósito.

AMELIA.- (*Ríe*) Es que me encanta ver cómo se pone colorado. Parece una manzana. Que un jovencito se apene, pero un hombre de su edad...

NICANOR.- Todos tenemos nuestro pudor.

AMELIA.- No se vaya a ofender, pero desde hace mucho quiero preguntarle, por esto del pudor, si alguna vez le hizo el amor a su mujer de día, con luz. (*Ríe*) Estoy segura que nunca.

NICANOR.- (*Molesto*) Usted se pregunta y se responde.

ADELITA.- Deja de molestar a Nicanor.

NICANOR.- La verdad es que ya no me gusta venir, sin muebles, sin nuestra costura, ya no es lo mismo.

ADELITA.- Tiene razón, a Raúl qué diantres le importaba que su mamá adornara su caja de muerta, nada, pero no, se tuvo que meter.

En ese momento entra Luisa, viste un vestido rojo, largo, muy llamativo pero de buen gusto

LUISA.- ¿Otra vez hablando de mi hijo?

AMELIA.- Si lo hacemos delante de ti tú siempre lo defiendes y lo que te hizo no tiene defensa alguna.

LUISA.- Fue un acto de amor.

AMELIA.- Será de amor propio, de suficiencia.

NICANOR.- Perdona que me meta en donde no me llaman, pero yo también creo que el muchacho hizo muy mal en llevarse su ataúd. Era suyo, no de él.

LUISA.- Él pensó que si me ponía a decorar mi caja era porque ya me iba a morir, al llevársela pensó que con eso alejaba a la muerte de mi camino. Eso es todo.

AMELIA.- Yo estaba cuando dijo que estabas loca. No lo niegues.

LUISA.- Es su forma de decir que no estaba de acuerdo.

ADELITA.- Y de paso jaló con varios muebles y cuadros.

LUISA.- Aprovechó la mudanza, ahora son caras, no sé cuántos pesos te cobran por llevarse cualquier cosa.

AMELIA.- ¿Piensas que hizo bien?

LUISA.- No, bueno, sí. Yo como hija hubiera hecho lo mismo.

AMELIA.- Si hubieras estado de acuerdo te hubieras quedado cuando se llevaron la caja y no te hubieras ido a llorar a tu cuarto.

LUISA.- Lloré por el trabajo perdido. No por su acción.

ADELITA.- ¿Te dijo a dónde la llevó?

LUISA.- No, ni me lo va a decir, lo conozco, lo más seguro es que la haya regalado a un asilo o a la Cruz Roja. Siempre faltan cajas de muertos.

AMELIA.- ¿No vas a comprar otra?

LUISA.- No, mi vida se ha regido por hacer las cosas una sola vez: un matrimonio, un hijo, un viaje a Europa, una casa, un ataúd.

ADELITA.- Tendrás otro cuando te mueras.

LUISA.- Pero no escogido por mí, será de ellos, no mío.

ADELITA.- Tú irás adentro.

LUISA.- Será como si tomara un taxi, un transporte entre esta vida y la otra. No será

como mi Packard que está en el garaje. Ese sí es mío. La caja que se llevaron era la mía.

AMELIA.- Exígele que te la devuelva.

LUISA.- No lo hará, sería inútil. No quiero pleitos con nadie y menos con él.

AMELIA.- Yo no lo hubiera permitido.

LUISA.- Tú no, yo sí.

AMELIA.- Siempre has luchado por lo que quieres, por lo que crees.

LUISA.- Algún día tenía que cansarme, ya te dije que no estoy para pleitos.

NICANOR.- Y por no querer pelear ellos hacen de nosotros lo que quieren. Deberíamos protestar, hacer huelgas, escribir a los periódicos. Antes a los ancianos se les respetaba.

LUISA.- Antes, usted lo dijo, ahora es diferente, ahora somos un estorbo. Un ser que no produce es un estorbo.

AMELIA.- Podríamos aconsejar. Yo aconsejo al que se me pare enfrente, le guste o no. A todo el mundo le digo lo que tiene que hacer. Si la hija de una amiga se va a casar inmediatamente le digo que se fije en la familia del novio, si algún otro padece gases le recomiendo que coma tortilla quemada.

NICANOR.- ¿Eso sirve?

AMELIA.- ¿Usted tiene gases?

NICANOR.- Bueno, no precisamente...

AMELIA.- Es un remedio buenísimo, pero para que sirva tiene que estar la tortilla bien quemada, negra.

NICANOR.- Debe de saber horrible.

AMELIA.- La muele primero con un molcajete, si no tiene lo hace con dos cucharas. Cuando esté listo el polvo no tiene más que ponerlo en la boca y con un buche de agua se lo pasa. Así de sencillo, a la primera toma se acabaron los gases.

NICANOR.- Lo voy a probar.

AMELIA.- Me lo va a agradecer.

ADELITA.- Nadie hace caso de los consejos.

AMELIA.- No importa, yo los doy por gusto. Me encanta decirles cuando les sale mal lo que hacen: te lo dije...conste que te lo dije. Siempre ponen una cara...

LUISA.- A la que no le han dicho nada de su vestido es a mí, ¿acaso no les gusta?

NICANOR.- Estuve tentado a decir la frase de Amelia. Se lo dije. Ya sabía que lo iba a estrenar cualquier día.

LUISA.- ¿Cómo me queda?

AMELIA.- Divino.

ADELITA.- Es muy elegante.

LUISA.- Gracias. Es la percha.

ADELITA.- Te lo pusiste como una revancha, ¿no es verdad? Si no hay caja no hay vestido.

AMELIA.- Yo ya estoy vengada de Raúl. Con ver la cara que puso al ver la caja en medio de la sala...ni si le dicen que su mujer le pone los cuernos va a poner otra igual.

NICANOR.- *(Ríe)* No sé si se dieron cuenta cuando se enojó más.

ADELITA.- Todo el tiempo.

NICANOR.- No, qué va, fue cuando vio el cojín con los corazones donde estaban bordados su nombre, el de su mujer y de sus hijos.

ADELITA.- Sí, sí... *(Ríe)*.

LUISA.- Rencorosos.

NICANOR.- Nos duele lo que le hizo.

LUISA.- Repito que fue un acto de amor.

AMELIA.- Entre nosotros siempre hemos hablado claro, eso no fue un acto de amor, fue una canallada, un abuso de poder, y si yo dijera las palabrotas que tú dices, sería una que empieza con ch de chimpancé.

ADELITA.- Y como no estamos de acuerdo con lo que hizo y en vista de nuestra amistad, los tres aquí reunidos hemos tomado una determinación.

LUISA.- ¿Una determinación? ¿Cuándo la tomaron?

AMELIA.- Desde hace varios días pero no habíamos querido decirlo.

LUISA.- ¿Por qué?

NICANOR.- Porque no le va a gustar.

LUISA.- Ya me intrigaron. ¿De qué hablan?

ADELITA.- Este fin de semana vamos a ver a Raúl y le vamos a exigir que te devuelva tu caja y tus muebles. Yo soy su madrina y me tiene que hacer caso.

AMELIA.- Y si se niega enviaremos una carta a la redacción de los periódicos diciendo

lo que hizo. Qué el mundo lo juzgue.

NICANOR.- Ese será el primer paso para reivindicar a los ancianos.

LUISA.- (*Divertida*) Adultos, no se le olvide.

NICANOR.- Sea, para los adultos. Nada que se nos margine, que nos quiten derechos, que no se nos tome en cuenta. Van a saber que existimos. Protestaremos una y otra vez; haremos huelgas de hambre, plantones en el Zócalo.

AMELIA.- Crearemos un comité de lucha para que se inscriban todos los adultos del país.

ADELITA.- Nuestro primer acto será desheredar a nuestros familiares. El dinero servirá para construir asilos decentes, no como los que hay ahora.

NICANOR.- Todavía tenemos poder.

AMELIA.- Y mayor lo vamos a tener, formaremos nuestro sindicato.

LUISA.- (*Ríe*) ¿De verdad creen que alguien les va a hacer caso?

ADELITA.- Por supuesto que sí.

LUISA.- Ni mi hijo Raúl, ni las familias, ni la sociedad, ni nadie va a mover un dedo por lo que digamos o hagamos. Ya nos podemos parar de cabeza en pleno Zócalo que nadie volteará a vernos Y si lo hacen es para enviarnos a la Castañeda.

AMELIA.- La Castañeda hace años que no existe.

LUISA.- Entonces al manicomio.

AMELIA.- Ahora son casas de salud.

ADELITA.- No estamos locos.

LUISA.- Ya es bastante locura vivir tantos años.

NICANOR.- ¿De verdad cree que Raulito no nos haga caso?

LUISA.- Y menos si le dice Raulito. Esa caja ya debe estar bajo tierra con alguien adentro. Para qué buscarle cinco pies al gato. Es algo que ya sucedió.

NICANOR.- Pero que no debió suceder.

AMELIA.- Estoy totalmente de acuerdo con Nicanor.

LUISA.- ¿Se han fijado en algo? Amelia y Nicanor siempre están de acuerdo, y eso es tan difícil lograrlo en este mundo.

AMELIA.- ¿Por qué lo dices?

NICANOR.- No siempre estamos de acuerdo.

LUISA.- Los dos nacieron en el mismo año, viven en la misma colonia, son viudos. Tres

similitudes. Un caso raro. Yo no lo pensaría ni dos minutos.

AMELIA.- Ahora sí que no te entiendo. ¿Qué quieres decir con eso de que no lo pensarías dos minutos? Tú nunca has pensado ni uno, todo lo haces por impulsos.

LUISA.- ¿Creen que no me he fijado en los ojitos que le echa Nicanor a Amelia?

NICANOR.- Ahora es usted la que me hace sonrojar. Aquí uno nunca gana para vergüenzas.

LUISA.- ¿No le gusta Amelia?

NICANOR.- (*Turbado*) Bueno, de gustarme me gusta, pero de eso a lo otro.

AMELIA.- ¿Cuál de eso y cuál de lo otro? A mí me hablan claro.

ADELITA.- Luisa propone que te cases con Nicanor. ¿No es así?

LUISA.- No hablé precisamente de boda, pero sí, eso es a lo que llevan las relaciones amorosas.

AMELIA.- ¡Toco madera! No me vuelvo a casar así me ofrezcan todo el oro del mundo. Y menos con un viejo enfermo y mañoso. ¡Dios me libre!

LUISA.- Nicanor no te ofrece todo el oro del mundo pero sí su mano que vale mucho más.

AMELIA.- (*A Nicanor*) ¿Es verdad?

NICANOR.- (*Muy nervioso*) Bueno, yo... no sé qué decir.

LUISA.- Dígale la verdad, dígale que la ama.

NICANOR.- Ay, Luisita.

LUISA.- ¡Luisa! Nicanorcito.

NICANOR.- Perdón.

ADELITA.- Si a mí alguien se me declarara le daría el sí inmediatamente.

AMELIA.- Aquí, que yo sepa, nadie se ha declarado.

NICANOR.- Me están poniendo en un aprieto horrible.

LUISA.- Pues salga de él.

ADELITA.- Si la costura no lo asustó, lo que es el matrimonio va a hacer que salga corriendo de esta casa.

AMELIA.- Ya basta de bromas, mejor que nos diga Luisa para qué es esta reunión.

NICANOR.- ¿No se vería mal?

LUISA.- ¿El qué?

NICANOR.- Que nos casáramos dos viejos.

AMELIA.- ¿Y con quién piensa casarse, si se puede saber?

NICANOR.- Contigo.

AMELIA.- ¡Arza, que el niño ya hasta me tutea!

NICANOR.- ¿Me lo permites?

AMELIA.- El hablarse de tú o de usted no modifica nada.

NICANOR.- El tú es de confianza.

AMELIA.- Y vaya que la has agarrado, la confianza, digo.

NICANOR.- Si seguí con la costura era con la secreta esperanza de que me aceptarás.

AMELIA.- (*Exagerando*) Yo también sólo he pensado en ti, cada puntada la di pensando en tu amor. ¡Es maravilloso!

NICANOR.- ¿Hablas en serio?

AMELIA.- (*Estallando en risa*) Por supuesto que no, ni tú ni yo hablamos en serio.

Bonita pareja haríamos. Cada uno con su escoba para barrer la polilla que deja el otro.

NICANOR.- Yo hablaba en serio.

AMELIA.- Pues hazlo en broma, te puede salir mejor y de paso te diviertes.

ADELITA.- (*A Amelia*) Créele, está hablando con la verdad.

AMELIA.- ¿Están locos todos? Uno se casa cuando se está enamorado y con la intención de disfrutar al compañero, no para servirle de enfermera.

NICANOR.- Sólo sufro de la gota y las arritmias, pero no siempre.

AMELIA.- Al rato te aparece otra enfermedad, y otra y otra.

NICANOR.- Tú estás sana.

AMELIA.- ¿Quieres que te enumere mis enfermedades? Tengo colitis nerviosa, astigmatismo miópico, artritis en las manos, várices, presión baja, soy hipocondríaca...

LUISA.- No sigas.

AMELIA.- Si apenas estoy empezando.

NICANOR.- Te acepto con todo eso.

AMELIA.- Tendrías que aceptar a mis hijas y a mis nietos. Son peor que una plaga.

NICANOR.- Un nieto me haría el hombre más feliz. Sería como tener un hijo.

AMELIA.- Basta de tonterías.

ADELITA.- No son tonterías.

AMELIA.- Para mí, sí.

LUISA.- La relación entre dos seres puede ser cualquier cosa, engaño, pasión, entrega, locura, lo que quieras, menos tontería. Tontería es no tenerla o al menos buscarla.

AMELIA.- Eso déjaselo a los jóvenes, ellos si lo necesitan.

LUISA.- Nosotros lo necesitamos mucho más. Lo peor que le puede suceder a un ser humano es la soledad y ella es la que acompaña a los viejos.

ADELITA.- Ya no les dices adultos.

LUISA.- Adulto es un ser de cualquier edad que sabe pensar, viejo uno que no acepta ningún cambio. Amelia está actuando como una vieja.

AMELIA.- Si tanto te gusta Nicanor cástate tú con él. Tú también eres viuda.

LUISA.- Pero yo no le gusto.

NICANOR.- (*Reaccionando*) Cómo dice eso. Las tres me gustan.

LUISA.- Como amigas, pero sólo una le gusta como compañera. ¿O no?

NICANOR.- Usted Luisita es tan alegre, Adelita tan ordenada, Amelia...

LUISA.- Amelita, dígale igual.

NICANOR.- Amelita es...

LUISA.- (*Ríe*) Amelita es todo para mí. Dígalo, que no le dé pena.

AMELIA.- Si siguen con este tipo de bromas me voy a ir, ya es muy tarde. No está bien que una mujer sola, como yo, ande a media noche por la calle.

ADELITA.- Tiene razón Amelia. Yo duermo poco, muy poco, pero me gusta estar temprano en mi camita. Además todavía no sabemos para qué es esta reunión.

LUISA.- (*Sonriendo*) Para hablar de la futura boda de Nicanor y Amelia.

AMELIA.- Síguele y me voy. Ya sabes que cumplo mis palabras.

LUISA.- Perdona. Ya no volveré a tocar ese tema, pero te recomiendo que lo pienses. Más vale mal acompañado que solo.

AMELIA.- (*Seria*) Está bien, lo pensaré.

NICANOR.- ¿De verdad?

AMELIA.- No repito lo que ya dije.

ADELITA.- Un asunto arreglado, ahora vamos al siguiente.¿ Para qué es esta reunión?

LUISA.- Para estar con ustedes.

ADELITA.- Nos vemos cada tercer día. Mañana nos toca.

LUISA.- Hoy es diferente.

NICANOR.- Ya sé...Por el estreno de su vestido debe serlo.

LUISA.- ¿No está muy exagerado?

AMELIA.- Te queda a la perfección. La tela, el color, la hechura, todo.

NICANOR.- Hubiera sido un desperdicio usarlo para lo que lo iba a usar. Para eso cualquier vestido es igual.

LUISA.- Claro que no. Perdóneme que se lo diga, es algo que he guardado muchos años y algún día tendría que soltarlo. A la pobre de Julia la enterraron con el peor vestido que pudieron escoger. Le pusieron un vestido café sabiendo que ella era prietita. Eso no se hace.

NICANOR.- Se veía bien.

LUISA.- Nada de bien. Se veía horrible.

NICANOR.- Eso no tiene importancia.

LUISA.- Cómo que no. Quién nos dice si con ese vestido vamos a llegar al cielo o al infierno y si ahí nos vamos a encontrar con nuestros conocidos o familiares.

ADELITA.- O con los artistas. Imagínate tú con este vestido frente a Rodolfo Valentino.

LUISA.- Redondito caería en mis brazos.

Se escucha un tango, luisa se pone a bailarlo con Amelia mientras continúan dialogando

ADELITA.- A los que se van a encontrar en el más allá es a sus maridos y nada de bailecitos.

LUISA.- ¿Nunca soñaste bailar con alguien?

ADELITA.- Sí, con uno, y no sólo bailar. Sería con la única persona con la que le hubiera puesto cuernos a mi marido.

AMELIA.- Ya sé, Charles Boyer.

ADELITA.- No, no me gustaba su tonito de voz.

LUISA.- Déjame adivinar. ¿Clark Gable?

ADELITA.- Ese mero. Cómo me gustaba...

LUISA.- Yo vi " Lo que el viento se llevó" más de seis veces. Ninguna película como esa.

NICANOR.- Ahora hay muy buenas.

LUISA.- ¿Cuáles? Sexo y violencia, violencia y sexo. No saben otra cosa.

NICANOR.- Por eso son buenas.

AMELITA.- Viejo libidinoso. Y así quería que yo...

NICANOR.- Ver cine no hace daño a nadie.

AMELITA.- Se aprenden mañas y usted ya tiene muchas.

NICANOR.- Ya me hablabas de tú hace rato.

AMELIA.- Voy a seguir hablándole de usted. ¡Bah!

Las dos mujeres dejan de bailar, se sientan casi asfixiadas por el esfuerzo. Sonríen

LUISA.- (*Ya seria*) He pensado mucho en la otra vida. Si es que existe. ¿Cómo nos presentaremos a ella? ¿Como somos ahora? ¿Como éramos de niños o de jóvenes?

AMELIA.- Si dejan escoger, yo pediría cuando tenía mis quince años.

NICANOR.- Ha de haber sido muy bella.

AMELIA.- Sí, al menos eso decían todos. Bueno, ya pasó tanto tiempo que yo también puedo decir que sí, que sí era bonita.

ADELITA.- A los quince todas somos bonitas.

LUISA.- ¿Y a nuestra edad?

ADELITA.- Como la gente dice que los viejos nos vamos pareciendo a los niños, entonces debemos ser bellos nuevamente.

LUISA.- Y lo somos.

NICANOR.- ¿Seré mejor que Rodolfo Valentino?

LUISA.- (*Ríe*) No diría yo tanto, pero sí, un poco mejor que Frankenstein.

NICANOR.- Cómo es, yo que ya me creía un galán.

LUISA.- Los galanes además de ser guapos deben cantar o bailar.

NICANOR. -Yo canto y bailo.

LUISA.- ¿De verdad?

AMELIA.- A ver.

ADELITA.- Se me hace que no sabe.

Nicanor se levanta, se coloca en el centro, tose para limpiarse la garganta, empieza a cantar y bailar ya sea alguna pieza de zarzuela o alguna canción como "Pompas ricas" o alguna otra de su época. Al terminar un trozo las mujeres le aplauden

ADELITA.- Se parece usted a Joaquín Pardavé.

NICANOR.- Dirá que él se parece a mí.

ADELITA.- Qué más quisiera. Pardavé fue el mejor cómico de México.

LUISA.- ¿Quién saco ahora el tema del cine? No vamos a parar de hablar de eso.

NICANOR.- Es un buen tema, ¿no le parece? El cine nos hizo soñar.

LUISA.- Soñar pero no vivir.

NICANOR.- Algunos vivimos de los sueños.

ADELITA.- Esos al menos tienen un final feliz. La princesa se casa con el príncipe y son felices por el resto de sus vidas. Un esquema sencillo de decir y difícil de llevar a la práctica.

AMELIA.- Todos peleamos por la felicidad y ninguno sabemos lo que es.

LUISA.- Porque siempre es diferente. Para el bebé felicidad es que le den el pecho, para el joven, que lo ame su compañera, para el adulto, el sentirse realizado, para nosotros, que no nos duela ese día la pierna o el brazo.

NICANOR.- ¿Usted ha sido feliz?

LUISA.- Muy feliz. En este momento soy feliz con ustedes.

AMELIA.- Y para eso es esta reunión, para que tú seas feliz y nosotros nos muramos de miedo al salir.

LUISA.- No, no soy tan egoísta, si los cité es para decirles algo importante, al menos importante para mí.

ADELITA.- Me intrigas.

LUISA.- Pero no se los voy a decir ahora.

AMELIA.- ¿Entonces, cuándo? Ya casi es de mañana.

LUISA.- Déjenme traer unas copas y una botella que tengo guardada desde hace mucho tiempo.

NICANOR.- Hmmmm, si es con copa va a ser algo bueno, algo por lo que festejar. Apuesto que su hijo ya le devolvió la caja y hasta ahora nos lo va a decir.

LUISA.- No, no es eso.

AMELIA.- O nos lo dices o me voy.

LUISA.- Voy por las copas y la botella... ¡Es champaña!

AMELIA.- Así sí me quedo hasta la madrugada.

ADELITA.- Interesada.

AMELIA.- No tengo la culpa que me guste lo bueno.

NICANOR.- ¿La ayudo?

AMELIA.- Sí, por favor, a traer las copas. *(Salen los dos)*

AMELIA.- *(A Adelita)* ¿Qué crees que nos vaya a decir?

ADELITA.- Ve tú a saber. Algo sin importancia. Cuando se siente uno solo, busca cualquier pretexto para llamar a los demás. La verdad que prefiero que me llame para tomar una copa a que me llame para decir que está enferma. ¿No lo crees?

AMELIA.- Qué ocurrencia de Luisa. Igual podríamos brindar mañana después de comer, sólo a ella se le ocurren estas cosas. Pero eso sí, es la última vez que vengo tan tarde.

ADELITA.- Ni te quejes. De regreso que te acompañe Nicanor. No digas que no te gusta.

AMELIA.- *(Confidencial)* ¿Crees que haya hablado en serio?

ADELITA.- Por supuesto que sí. Es un buen hombre.

AMELIA.- Ya está muy ruco.

ADELITA.- No me digas que a tu edad esperas un príncipe.

AMELIA.- Es simpático y no está tan feo.

ADELITA.- Hazle caso y no te arrepentirás.

AMELIA.- ¿Tú crees?

ADELITA.- Claro.

Entran Luisa y Nicanor. Traen la botella y las copas. Las colocan sobre una silla ya que la mesa se la llevaron con la mudanza. Sirven las copas, cada uno de ellos la toma en sus manos esperando el brindis

LUISA.- La champaña viene muy fría.

ADELITA.- Y ahora el brindis a quién sabe quién o a qué cosa para irnos a la camita.

LUISA.- Piensa que tienes veinte años, que estás con un galán y que la noche empieza.

ADELITA.- No tengo galán, ni tengo veinte años y ya es muy tarde.

LUISA.- Se romántica, mujer.

ADELITA.- ¿Por qué vamos a brindar?

LUISA.- Digamos que por la vida.

NICANOR.- Es un buen brindis.

LUISA.- Será el primero. ¡Por la vida!

Todos beben

TODOS.- ¡Por la vida!

AMELIA.- ¿Y el segundo?

LUISA.- ¡Por la amistad!

Todos chocan sus copas y beben

TODOS.- ¡Por la amistad!

AMELIA.- (*Alza su copa*). Yo quiero más.

Amelia y Luisa presentan su copa para que se las llenen. Adelita mueve la cabeza negativamente, esconde la suya. Un segundo después se anima y sonriendo la presenta. Le sirven.

NICANOR.- Permítame a mí decir el siguiente. ¡Brindo por el amor!

ADELITA.- (*Romántica*) Por el amor.

NICANOR.- (*Se acerca a Amelia, choca su copa con ella*) Salud. (*Pueden beber cruzando los brazos*)

ADELITA. (*Aún sonriente por el brindis anterior*) Y ahora brindemos por el motivo verdadero. (*A Luisa*) ¿Cuál es?

LUISA.- Quiero brindar por esta casa donde viví tantos años. Primero fue casa de mis padres, luego la nuestra.

AMELIA.- Hablas como si la fueras a dejar.

LUISA.- (*Sonriendo forzadamente*) Hoy vino mi hijo a darme una nueva muestra de amor por mí.

ADELITA.- Ya ves, te lo dije.

LUISA.- Le preocupó mucho lo del ataúd y mi soledad. Así que ni corto ni perezoso

arregló mi admisión en un asilo de ancianos.

AMELIA.- ¿Qué dices?

LUISA.- Lo que oyen. Mañana viene por mí para llevarme a ese lugar. Dice que es precioso, que hay jardines y que lo atienden unas monjitas de los más simpático y cariñoso.

ADELITA.- ¡Luisa, Luisa! Nuevamente con tus historias.

LUISA.- Es verdad.

ADELITA.- Quién te va a creer. Ni modo que en veinticuatro horas arregles toda tu casa, tu ropa, tus papeles y te vayas tan campante.

LUISA.- Campante no me voy a ir. Raúl dice que no me preocupe por los muebles y las cosas, que él se encargará de ellas.

AMELIA.- Y vaya que se encargará.

LUISA.- Así que lo único que tengo que llevar es mi maleta con mi ropa y mi cepillo de dientes.

ADELITA.- Inventa otro cuento. Raúl no puede hacer eso.

LUISA.- Ya vendió la casa, sólo falta que yo me salga.

ADELITA.- Raúl te llevará a vivir con él. Una vez me engañaste pero fue la única.

LUISA.- Raúl y su mujer trabajan todo el día, los nietos nunca están en casa. Así que pensaron que iba a estar sola y que en el asilo será diferente, que voy a tener nuevos amigos y mil cosas que hacer. ¿No son lindos? Piensan en todo.

ADELITA.- Diles que no. Te vienen a vivir conmigo. Sólo eso faltaba.

NICANOR.- Yo también le ofrezco mi casa, es modesta pero es suya.

LUISA.- Gracias, de todo corazón gracias, pero no puedo aceptar. Los adultos como nosotros deben de vivir solos, si se juntan al rato se están sacando los ojos.

NICANOR.- Tenemos años de reuniéndonos.

LUISA.- A ratos, los mejores del día. Los malos los dejamos para nosotros mismos o para nuestros familiares.

AMELIA.- ¿Te dejarán salir?

LUISA.- No sé, parece que sólo con permiso del hijo.

ADELITA.- ¿Y visitarte?

LUISA.- Eso sí, creo que de las doce a las diez y ocho horas. Como en la cárcel. Mi hijo me dejó un folleto donde explican todo eso.

AMELIA.- No te va a gustar, tú que siempre has peleado por tu libertad.

LUISA.- Sólo hay de una sopa y esa hay que comer.

NICANOR.- No acepte. No la pueden obligar.

LUISA.- ¿Dónde puedo ir?

AMELIA.- Con nosotros.

LUISA.- Mis amigos. Por eso brindé por ustedes. Era un brindis serio, como fue el de mi casa, una forma de despedirme de cada uno.

AMELIA.- Nos vamos a seguir viendo.

LUISA.- Pero de otro modo, siempre rodeados de personas ajenas a nosotros.

ADELITA.- También brindaste por la vida, y eso fue en primer lugar. Cambiarse de casa no es perder la vida. Yo me cambié infinidad de veces y aquí estoy.

LUISA.- Brindé por la vida, y es verdad que fue en primer lugar. Amo a la vida más que a nadie, más que a mi hijo, más que a mi casa, y perdonen, más que a mis amigos. Pero la amo siendo libre, de otro modo no la comprendo.

AMELIA.- No entiendo a lo que quieres llegar.

LUISA.- Viviré mientras sea libre.

ADELITA.- (*Asustada*) Por eso el vestido.

LUISA.- Y el retardo. Les ruego que me disculpen pero tuve que arreglar algunos papeles, abrir la caja fuerte, detalles tontos.

AMELIA.- (*Que al fin comprende*) No me digas que...

LUISA.- Calla. Sí.

AMELIA.- ¿Y ya?

Luisa asiente con la cabeza

AMELIA.- No es posible. No lo vamos a permitir.

NICANOR.- Por Dios, qué pasa, no entiendo nada.

LUISA.- No sucede nada.

AMELIA.- Voy a llamar al médico.

LUISA.- Ya es tarde.

AMELIA.- No te ha hecho ningún efecto. Estás bien.

LUISA.- No tardará. (*Se toma la cabeza*) Siento un mareo. ¡No! Me falta el aire.

(Respira muy agitada) Por favor, acuéstense. *(Asustados la acuestan)*

NICANOR.- *(Entendiendo)* ¿Tomó pastillas?

LUISA.- *(Ahogándose)* Sólo un frasco.

NICANOR.- Hay que llamar a Raúl.

LUISA.- No, no lo hagan.

ADELITA.- *(Llorando)* Luisa, no puedes hacer esto.

LUISA.- *(Desfalleciente)* Adiós, amigos. *(Cierra los ojos y pone la cabeza de lado)*

AMELIA.- ¡Jesús mío! Se murió.

Los tres se le quedan viendo, lloran. Luisa se levanta bruscamente y suelta la carcajada

LUISA.- Eso querían, verdad, que me muriera. Lo voy a hacer pero no delante de ustedes.

NICANOR.- *(Aflojándose la corbata)* Qué susto nos dio.

LUISA.- Soy su amiga, sería yo incapaz de que presenciaran mi muerte.

AMELIA.- Bromas estúpidas. Perdona que te lo diga.

LUISA.- No es broma. Los cité para despedirme de ustedes.

ADELITA.- ¿Qué estás pensando?

LUISA.- Esta noche voy a casarme. Ya me puse mi traje nupcial.

AMELIA.- Creo que te afectó mucho lo del asilo. Voy a hablar con Raúl.

LUISA.- Qué le vas a decir. Que no me lleve a una casa de salud?

ADELITA.- Promete que no lo vas a intentar...

LUISA.- Lo voy a hacer.

ADELITA.- No nos iremos de aquí.

LUISA.- La luna de miel debe disfrutarse sólo con la pareja que escogimos, los testigos están de sobra.

NICANOR.- Permaneceré toda la noche en esta silla.

LUISA.- Para esperar a que llegue mi hijo y me lleve. ¿No es así? Allá también moriré, si no es por pastillas será por dejar de comer o simplemente por desear la muerte. Moriré en un lugar desconocido.

ADELITA.- ¿De verdad estás dispuesta?

LUISA.- Sí, y deseo que respeten mi voluntad.

ADELITA.- La vida es lo más importante que se nos ha dado. Podemos hacer mucho por nosotros mismos y por los demás. Es muy duro lo que quieres hacer, yo no estoy de acuerdo con ello... pero te respeto.

LUISA.- Gracias.

AMELIA.- (*Empieza a llorar*) Luisa...

LUISA.- Por favor no llores, guarda las lágrimas para mañana. En mi entierro sí me gustaría verlos llorar y también que cuenten chistes y se rían. Pueden hasta contar chistes colorados.

NICANOR.- Yo no sé lo que piensen los demás, pero yo no me muevo de esta casa. ¡ Punto!

LUISA.- Es muy tarde. No quiero correrlos pero piensen que las calles son muy peligrosas de noche. Voy por un saco para acompañarlos hasta la puerta. Debe de hacer frío y no quiero pasar la última noche tose y tose. (*Se levanta y sale. Camina muy segura de sí misma*)

AMELIA.- ¿Ustedes creen que haga lo que dijo?

ADELITA.- Luisa es capaz de todo.

NICANOR.- Por un momento le creí, vaya si le creí, pero recuerden que nadie avisa cuando va a hacer una cosa como esta. Seguramente es otra de las bromas de Luisita.

AMELIA.- Pues vaya bromas.

NICANOR.- Es más, ni siquiera acabo de creer lo del asilo. Raúl es un buen hijo. Yo lo conozco y puedo poner la mano al fuego por él.

ADELITA.- Me tranquiliza. Es verdad que estaba asustada.

NICANOR.- Mañana vendremos a nuestra reunión...

AMELIA.- (*A Nicanor*) Y hablaremos de unos planes entre tú y yo...

NICANOR.- (*Feliz*) ¿De verdad?

ADELITA.- Ya lo pensé. Luisa será su madrina de lazo y yo de arras.

Sale Luisa, sonrío al verlos contentos

LUISA.- ¿Qué les pareció mi comedia?

NICANOR.- Ya ven, yo tenía razón. Estaba fingiendo.

LUISA.- ¿Actué bien cuando me morí? Siempre he envidiado la muerte de " La dama de las camelias"

ADELITA.- Eres tremenda. Pero lo hiciste bien, hasta yo te creí.

AMELIA.- ¿Nos vamos a ver mañana?

LUISA.- A la misma hora de siempre.

ADELITA.- Eso será si me levanto. Con esta desvelada.

NICANOR.- (*Besa la mano de Luisa*) Hasta mañana.

LUISA.- Los voy a acompañar hasta la puerta.

NICANOR.- No se moleste. Nosotros cerramos la puerta.

LUISA.- Me da pena pero gracias, Qué descansen.

Se despide de beso de sus dos amigas. Acompaña a todos unos pasos. Apaga alguna luz, contempla la sala, acaricia algún mueble, pone música, se sienta, piensa, toma su copa, suspira. Nuevamente abarca toda la sala con su mirada, se levanta, toma algún marco con retrato, lo besa, lo coloca donde está. Se quita su saco, va a un mueble, saca un frasco de pastillas y ya con él se dirige a su recámara. La música se sigue escuchando mientras se cierran lentamente las cortinas

FIN

Revisada en 1999.

RESUMEN.- Cuatro ancianos, tres hombres y una mujer, se reúnen para elaborar los adornos de su futura caja de muertos. Hablan de la vida y la muerte, de la falta de respeto que se tienen a los ancianos, del abuso contra ellos. Muestran, ya adornada una de las cajas. Es muy bella. La dueña de la casa y de la caja, les dice que el hijo se asustó y mandó regalar la caja. Amenaza a la madre de mandarla a un asilo. Ella, que siempre ha sido libre, decide dejar este mundo. Se los comunica a sus amigos. Estos tratan de impedirlo. Ella da sus razones. Acaban por darle la razón.

PERSONAJES.- Tres ancianos hombres y una anciana mujer.

GÉNERO.- Comedia.